

EL CAMINO BLANCO:

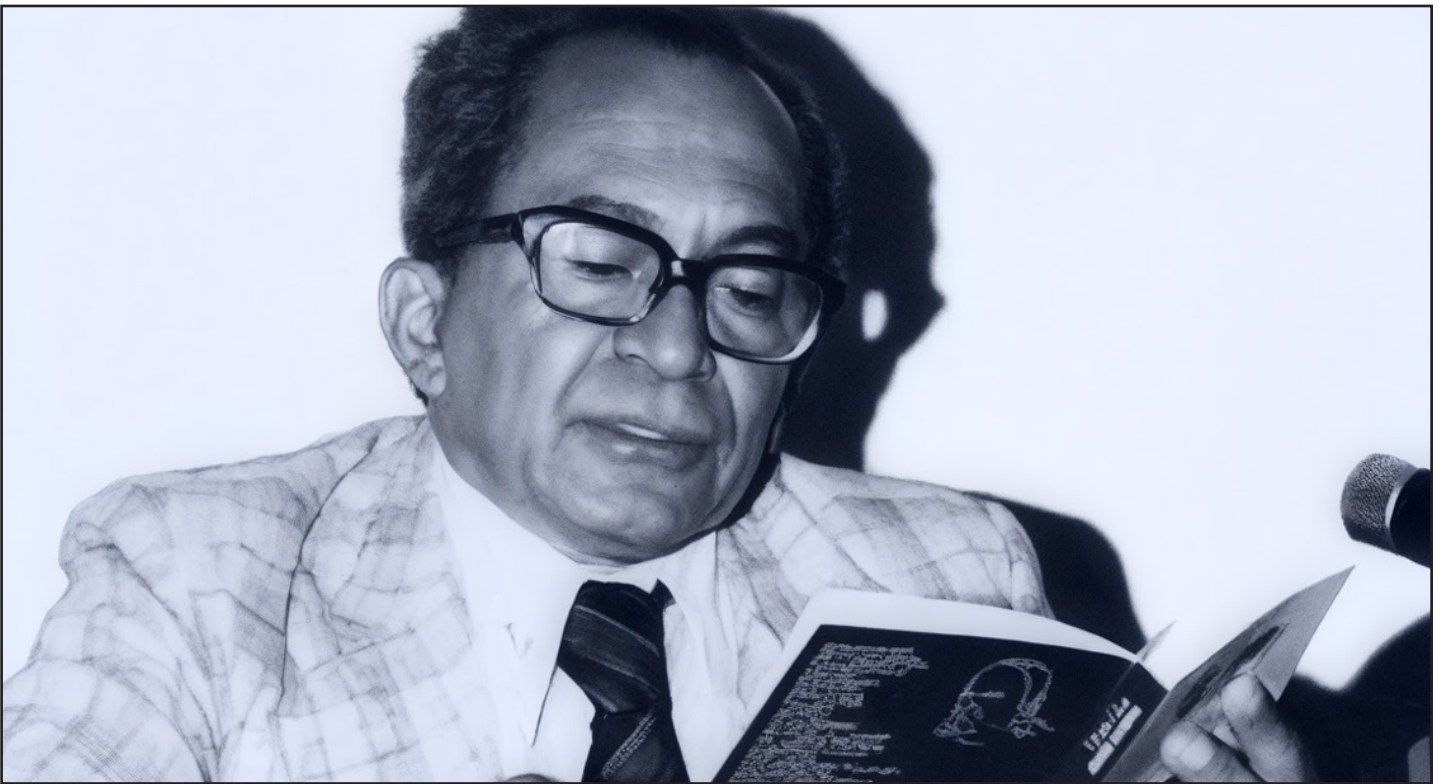
LA ESENCIA EN MOVIMIENTO EN LA POESÍA DE LÊDO IVO*

* Intervención en la Mesa Redonda proferida el 25 de abril de 2013, celebrada por la Academia Brasileña de Letras

(Traducción de Celso Medina). Fuente Revista Brasileira. Fase VIII. Abril-maio-Junho 2013. Año II. N° 75. pp. 127-136.

LUIZA NÓBREGA

UNIVERSIDADE FEDERAL DO RIO GRANDE DO NORTE



Fuente:letralia.com

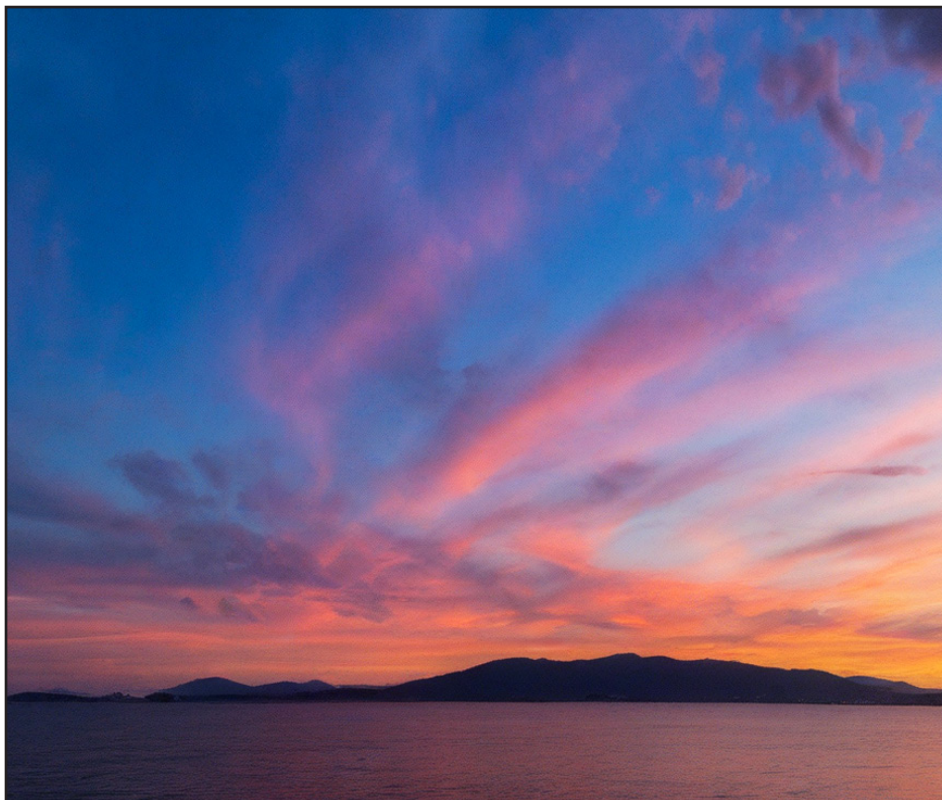
Este es un momento, además de memorable, doblemente desafiante. Por un lado, la conciencia de la responsabilidad que implica atender a la honrosa invitación para alzar la voz entre eminentes letrados; por otro, la vasta emoción de reverenciar a alguien cuya súbita desaparición del mundo visible se nos impone como un vacío categórico. Ante este doble desafío surge la interrogante: ¿qué decir en este homenaje a un individuo admirable, polígrafo y autor de una obra prodigiosa? ¿Qué decir ante la ausencia del gran espíritu que se ha retirado?

Evidentemente, me alinee con los críticos y amigos que exaltan en Lêdo Ivo sus numerosas virtudes, ya sean las del sujeto empírico —el hombre de carne y hueso— o las del espíritu creador. Fue un escritor polifacético: poeta, novelista, cronista, cuentista, ensayista, traductor y memorialista. Conuerdo plenamente con quienes reconocen en él a un individuo dotado de una inteligencia extraordinaria, un profundo conocimiento histórico-literario, una memoria asombrosa y una aguda sensibilidad crítica. Comparto la admiración ante el vigor de su intelecto y su versátil vivacidad. Por encima de todo,

confirmando a todos los que, como yo, tuvieron la fortuna de reconocer en él a alguien auténtico.

Admiraba también la confluencia de cualidades opuestas que en él se complementaban: era al mismo tiempo serio y bromista, metafísico y pragmático. Esta curiosa conjunción me llevó a recordarle, en nuestras conversaciones, el famoso verso de Camões en *Os Lusíadas* (Canto X, estrofa 154), donde el poeta dice de sí mismo:

Ni me falta en la vida honesto estudio,
con larga experiencia mezclado,



Fuente:Creative Commons

ni el ingenio, que aquí veréis presente,
cosas que juntas se hallan raramente.

En Lêdo Ivo se dio esa conjunción de virtudes cuya incidencia en un solo individuo es, de hecho, excepcional. Como lectora de su vasta obra, reconozco en él a un poeta de primera magnitud, autor de títulos fundamentales como *Imaginações*, *Ode e Elegia*, *Ode ao Crepúsculo*, *Ode à Noite*, *Cântico*, *Linguagem*, *Magias*, *Finisterra*, *A Noite Misteriosa*, *Calabar*, *Mar Oceano*, *O Rumor da Noite*, *Plenilúnio*, *Mormaço*, *Réquiem* e *Aurora*.

Estando de acuerdo con todo esto, pero centrando la mirada en el poeta, presentaré aquí algunas observaciones referentes al estudio que realicé sobre su *Poesía completa*, inicialmente titulado —en alusión a uno de sus poemas— “El camino blanco: la esencia en movimiento en la poesía de Lêdo Ivo”; pero posteriormente ampliado, por recomendación del propio poeta, con la lectura de sus obras posteriores, *Mormaço* y *Réquiem*, y publicado bajo el título de su verso “Quero ser o que passa”. Y es que, al seguir el hilo de su largo recorrido y observar las incidencias semánticas dispuestas en él como centelleos epifánicos, me topé con un sentido sorprendente. Hablar hoy de este descubrimiento será mi manera de homenajear al añorado poeta e inolvidable amigo.

El lector de Lêdo Ivo distingue en su poesía una constelación de temas recurrentes, en los que el iniciado en teoría poética identifica nodos semánticos portadores de un sentido. Entidades concretas o abstractas —mar, noche, cielo, puerta, amor, viento, muerte y una galería de animales de lo más variados— se reiteran en los versos como signos significativos. Y, al leer su obra sistemáticamente, en orden cronológico, del primero al último libro, emerge también un tema constante como eje rector, aquel que hace converger todas las entidades abstractas y concretas en un mismo significado: el tema del poeta caminante; y entonces su poesía, con los destellos que de ella emanan, se revela al lector —sea este iniciado o no en la teoría— como el largo caminar de un poeta-filósofo a través de estas entidades y formas: la aventura de un incansable buscador de la esencia del mundo en las apariencias visibles que este le ofrece en su trayecto.

Desde el principio, la poesía de Lêdo Ivo se define como el viaje de un poeta dinámico, en constante movimiento entre las múltiples formas del mundo, y entre los principios opuestos en que se manifiestan: ruido y silencio, luz y oscuridad, día y noche. Se rinde a la apariencia fenomenológica de las cosas, pero inquiriendo siempre la esencia ontológica invisible que les subyace. De la hormiga a la estrella, todo lo

motiva. Interroga a la zorra, al mendigo o al gavilán sobre su pertenencia a un principio inmaterial y su destino de impermanencia. En este “teatro de sombras”, el poeta no se deja engañar por las apariencias, pero les otorga una atención incisiva y compasiva.

Acogiendo todas las floraciones de la circunstancia y rendido a su inmanencia, persigue en ellas, al mismo tiempo, la trascendencia que en esencia las confunde en la profunda unidad a que se refiere Baudelaire en su poema “Correspondances”.

Ya desde su obra inaugural, *As Imaginações* —con la irrupción de la conciencia de su propio destino, declarado en el título y en los versos del poema “Justificação do Poeta”— se produce el primer momento del impulso de Lêdo Ivo hacia la aventura de la poesía como oficio de alquimia del verbo, en busca de lo inefable. Pero es en la *Oda al Crepúsculo* donde la puerta a la aventura se abre de par en par. Esta oda —que Sérgio Buarque de Holanda consideró, en aquel entonces, «su obra más bella, si no la más importante»—, al definir al poeta como un caminante, elige sintomáticamente la hora fronteriza de la indefinición, en la que ya no es de día y aún no es de noche —y donde, por lo tanto, los opuestos se equilibran en una suspensión del sentido— como el momento de lanzamiento de los temas clave recurrentes en su poética itinerante.

Y en esa determinada disposición para la inquietud, afirmando no el ser, sino el seguir— como siguiendo el flujo caudaloso de un río—, él prosigue, con vigor inquebrantable, a lo largo de toda su *Poesía completa*, que reúne en más de mil páginas la obra producida de 1940 a 2004, manteniendo la misma actitud cuando escribe *Mormaço*. Definiendo al pájaro como aquel que pasa, proclama en “El paisaje”: Que me dejen pasar, es lo que pido; e, incluso en el último poema de este volumen, titulado “El deseo”, afirma, en un verso categórico que se me impuso como título de mi estudio sobre su obra: *Quero Ser o que Passa*.

Pero ¿por qué la esencia por él buscada en los entes y formas del mundo solo se halla en el caminar, obligando a su buscador al eterno movimiento, al cual tantas veces se refiere, prohibiéndole reposar más que un breve instante? La respuesta a esta cuestión está estrechamente vinculada al sentido que se nos evidencia en la lectura de la poesía de Lêdo Ivo, sentido que, más



Vista aérea de Maceió. Fuente:pxhere.com

precisamente, debe llamarse sinsentido.

En el poema “O Poeta e os críticos”, el propio Lêdo Ivo nos aclara el sentido de su obra al enumerar, con su fina ironía, los múltiples sentidos hallados por sus intérpretes —cada uno de ellos eligiendo como predominante alguno de sus temas clave—, para al final arrojarlos todos al viento; el cual, en su poesía, es signo de incertidumbre, agente de la impermanencia y demoledor de todas las respuestas. Este lanzar al viento las hipótesis interpretativas sobre el sentido de su obra ya nos da la clave de ese sentido que es sinsentido (o “no-sentido”), pues no es casual que el viento sea casi el elemento principal en la jerarquía de sus temas clave, cediendo la palma solo a la nada. Este es el término final de su recorrido poético-filosófico, el reductor máximo de todos los sentidos hallados a la dimensión de un sinsentido sutilmente percibido. En la profusión torrencial de versos que portan innumerables y diversos entes, formas y colores, el poeta abraza a todos los seres y los vierte todos al no-ser. Como el Álvaro de Campos de “Tabacaria”, Lêdo *conduce la carreta del todo por el camino de la nada*, fundiendo lo múltiple y lo diverso en la unidad insustancial, de la cual el viento es el agente y la nada, la consumación.

No se trata aquí, sin embargo, de un nihilismo pesimista, sino de una pura percepción de la

vacuidad, de la insustancialidad universal de los entes y formas particulares, que no existen en sí mismos ni por sí mismos, porque existen en interdependencia e interrelación; lo cual impulsa al poeta-filósofo al eterno movimiento que lo hace caminante de una forma a otra, buscando sucesivamente la esencia del mundo en el intervalo entre los seres, en el intervalo del crepúsculo y de la madrugada: punto indeciso en que las cosas aún no son y ya no son. Superando la apariencia fenoménica y revelando la esencia en el vacío, la poesía que percibe esta esencia en movimiento es más que dialéctica; es dinámica. No una aniquilación nirvánica, que se fija en la inmovilidad, sino una expectativa dinámica.

Este es el sentido de los versos de una de sus más espléndidas composiciones, “El camino blanco”: el de un camino que, pasando por la múltiple diversidad de los entes con distintas formas y colores, percibe en ellos la unidad sin forma, sin color, sin sustancia:

Voy por un camino blanco
Viajo sin llevar nada
Mis manos están vacías
Mi boca está callada
Voy solo con mi silencio
y mi madrugada.
.....
Voy por un camino blanco

que parece la Via láctea. .

.....

Voy por un camino blanco
y nada llevo ni tengo:

.....

sólo voy llevando mi nada.

Versos que se reiteran en otros, en el
poema “Arena Blanca”:

Entre todo o nada
ni nada ni todo
en el camino blanco

Se entiende el adjetivo: el blanco funde todos los colores en una ausencia de color en la que las diversidades desaparecen; por ello, el pintor Kandinsky, teorizando sobre el color, nos dice que a menudo *es considerado un no-color... símbolo de un mundo donde todos los colores, en cuanto propiedades de sustancias materiales, se han disipado. Ese mundo gravita tan por encima de nosotros que ningún sonido nos llega de él. De él cae un silencio que se extiende hacia el infinito.* Pero añade que el silencio de este no-color *no está muerto, sino que reborda de posibilidades vivas... es una nada repleta de alegría juvenil.*

Esta expresión de Kandinsky para el blanco — *una nada repleta de alegría juvenil*— se presta perfectamente a la poesía de Lêdo Ivo; pues el poeta metafórico que aquí nos lleva —como en otros de sus vuelos— más que a las alturas del plano metafísico, a la lejanía sideral y cósmica, es también el poeta versátil que fácilmente nos trae de vuelta —en versos a veces prosaicos, otros coloquiales, o incluso satíricos— al suelo concreto de la vida cotidiana.

Pero si el adjetivo es *blanco*, el sustantivo aquí asociado a él es *camino*, lo que indica movimiento. Y los dos, sustantivo y adjetivo, se asocian porque, si la esencia solo se encuentra en la unidad —en el todo indistinto al que todo pertenece, como los colores se funden en el blanco—, entonces buscar y seguir esta esencia obliga a su buscador al movimiento incesante entre las diversas formas.

Éstos son, pues, los términos de la ecuación que aquí se propone: poeta – filósofo – caminante – buscador de la esencia en la circunstancia – contemplador de la esencia insustancial del mundo en el vacío de los intervalos que une las diversas formas de los entes particulares en una unidad sin forma.

Ahora bien, sucede que el descubrimiento del intervalo en el que se accede, caminando, a la esencia como vacuidad —la cual funde en uni-



Estatua de Confucio. Fuente:Creative Commons

dad profunda la multiplicidad del mundo—, inviste al poeta nacido entre los *maceiós* de una muy antigua tradición de poetas y filósofos caminantes, vetustos precursores de Rousseau, Schopenhauer, Heidegger y Rimbaud. Me refiero, por ejemplo, al filósofo Nagârjuna, decimocuarto patriarca budista, cuyos tratados demolieron en versos los postulados de la doctrina del óctuple camino; o al mítico andante chino a quien se atribuye la filosofía del camino perfecto, que aún reverbera en el poeta Fernando Pessoa cuando postula, en el texto ‘O Caminho da serpente’, la vía del filósofo que abre camino serpenteando entre los contrarios, sin negar ni afirmar ninguno.

Nos dice, en efecto, la tradición que un caminante mayor antecede por mucho a todos los que —filósofos o poetas—, mientras contemplan y reflexionan, caminan. Y la razón de ese caminar está bien expresada en un relato legendario de los anales taoístas, según el cual Confucio, al regresar de una visita a Lao-Tse, el indomable itinerante, relató así el encuentro a sus discípulos:

Del pájaro, sé que puede volar;
del pez, sé que puede nadar; de los
cuadrúpedos, sé que pueden correr.
Los animales que corren pueden
ser atrapados por la red; los que
nadan pueden ser capturados por
el sedal; los que vuelan pueden
ser alcanzados por la flecha. Pero
al dragón no lo puedo conocer:
él se eleva al cielo sobre la nube
y sobre el viento. Hoy he visto a
Lao-Tse, y él es como el dragón.

Elevado sobre la nube y el viento, el dragón —por poseer todas las naturalezas sin fijarse en ninguna— no puede ser capturado. Lao-Tse, para el moralista pragmático que era Confucio, se asemejaba a este ser fantástico porque no podía ser definido.

Si reflexionamos sobre este relato recordando los movimientos innumerables de Lêdo Ivo a través de las formas existentes, negándose a encuadrar su verso en cualquier molde fijo, podremos comprender mejor qué motiva y a qué se destina su movimiento incesante. Itinerante entre todas las solicitudes de las formas fenoménicas, disponible para todas sin aferrarse a ninguna, él no incurre en la ilusión de cerrarse a lo real, ni de dejarse capturar al abrirse a ello; y así, ningún epígono de Confucio logrará encasillar en una moral pragmática o en una estética programática al creador de una obra que es la expresión poética de la libertad más genuina.

Ocorre, sin embargo, al término del recorrido, un cambio significativo: del caminar y pasar, al detenerse y contemplar. Mientras escribe *Mormaço*, el poeta compone también, a bordo de aeronaves, un poema extraordinario que —hasta donde alcanzo a ver— es su obra maestra, quintaesencia depurada y transfigurada de su hercúleo recorrido, y será también reconocido en el futuro como una obra maestra de la poesía brasileña y de la poesía, *tout court*.

En este poema —dedicado a la amada ya desaparecida y por ello titulado *Réquiem*— se opera una alteración significativa. Aquí el movimiento cesa; el poeta ya no acelera el paso siguiendo el curso del río, sino que se detiene ante un lago, un lago metafísico y metafórico en el cual toda la alquimia realizada se transmuta en metáfora pura, que se enuncia en el puro silencio de una quietud expectante, pura contemplación de la nada, lanzada ya en los primeros versos:

Aquí estoy, a la espera del silencio... De
mí mismo apartado por la muerte, esa
concha que no guarda el ruido del mar,
es aquí donde termina, en el cieno
negro de las lagunas,
mi largo camino entre dos nadas.

La obra de Lêdo Ivo se revela entonces, en el fondo de toda su inquietud, como una contemplación meditativa de la cual emana la más profunda y genuina compasión.

¿Pero cuál es la importancia de tales consideraciones y por qué hoy las traemos a modo de homenaje al poeta que se fue? Es que el sentido expectante hallado por Lêdo Ivo, en su itinerancia que concluye en contemplativa quietud, significa, al fin y al cabo, el legado que él nos deja, y será sin duda patrimonio de la humanidad, fuente de inspiración para futuros poetas, como ya es motivo de reflexión para sus actuales lectores.

Que el autor de *Réquiem* era consciente de esto es lo que se revela en los versos de su poema “Aurora”, el primero de un libro con el mismo título que el inolvidable amigo me ofreció, aún inédito, y con el cual cierro hoy este mi reverente homenaje:

Al romper la aurora
todo es epifanía,
y mi vida entera
en mí vive el instante
de luz y de alegría;
y el sol indispensable
va a aclarar mi día.
Poco importa lo que traigan
las horas traicioneras
que están esperando
a lo largo del horizonte.
En esta aurora radiante
ya sé que la oscuridad,
venida del cielo celoso,
se posará en mi suelo
y la bruja insaciable
emergerá de la tiniebla
trayendo para mí
el siniestro lienzo
que apaga para siempre
la luz de cualquier sol.
Pero esto poco importa.
Vengo de la sombra,
del misterio de la noche,
y escucho jubiloso
la voz innumerable
de la promesa del día.
¡Todavía! ¡Todavía!
estoy naciendo ahora
—naciendo de mí mismo—
en el mundo luminoso
de una aurora perpetua.
Y traigo la claridad
que me permite ver
la materia del mundo.
Y todo es epifanía.